

Imperialismo, fundamentalismo y los usos del «terror»

Jayati Ghosh

Economista. Universidad Nehru, Nueva Dehli.

De entrada, deben observarse dos características de la economía capitalista mundial en los primeros años del nuevo siglo. La primera es la importancia sostenida, de hecho abrumadora, del imperialismo como rasgo definitorio de las relaciones económicas mundiales; definido como la lucha del gran capital por el control de territorio económico de diversos tipos. La segunda es que el imperialismo actual difiere, en varias formas cruciales, del descrito por Lenin hace casi un siglo como la etapa monopolista del capitalismo. En cierta medida, las diferencias son sencillamente resultado de la historia, de la evolución de las instituciones y procesos del capitalismo; pero también de los efectos de los procesos recientes de desreglamentación del comercio y los mercados de capital, así como de otras formas de liberalización económica que constituyen la esencia de lo que suele llamarse «globalización» y han dado al nuevo imperialismo su impulso principal.

En función de la economía mundial de hoy, es posible identificar varias diferencias importantes con la globalización imperialista de fines del siglo XIX, entre ellas:

- Las implicaciones de una internacionalización y concentración acentuadas de la producción y las finanzas.
- El mayor dominio y la nueva naturaleza del capital financiero.
- El uso de instituciones multilaterales y regímenes basados en reglas para promover los propósitos que en períodos anteriores de la historia se resolvían por medios militaristas o políticos más directos.
- El cambio en la naturaleza de la inestabilidad sistémica del capitalismo mundial.
- Las nuevas formas de territorio económico que en estos momentos se disputan, incluida la creación de mercados.
- Los cambios tecnológicos que han promovido el proceso de dominio corporativo mundial y permitido la posibilidad de enfrentarlo en un nivel internacional
- Las implicaciones de la extensión mundial, privatización y concentración de la industria de los medios de difusión.
- La actual sumersión de la rivalidad interimperialista ante una superpotencia única cuyo poderío militar

se utiliza sistemáticamente, cada vez más para perpetuar el dominio. Con anterioridad he llamado a esto «hiperimperialismo», un proceso en el que los Estados Unidos toman poderes cada vez mayores y hacen caso omiso de las instituciones internacionales siempre que desean hacerlo.

Es evidente que los procesos de concentración y centralización del capital, así como la internacionalización de la producción, se han incrementado mucho, con varias implicaciones de importancia. La reciente fase de globalización se caracteriza por algunas de las oleadas más fuertes y arrolladoras de concentración de la actividad económica conocidas en la historia. En función de las actividades de las empresas multinacionales, la posibilidad de desintegración vertical de la producción, que ha permitido la reubicación y separación geográfica de partes del proceso de producción, se asocia a una mayor integración vertical del control —y propiedad— de la producción, internacionalmente. Además, en el pasado decenio en particular se presenciaron una oleada de fusiones y adquisiciones transfronterizas, no solo de las principales industrias manufactureras, sino incluso de aquellas del sector de los servicios, incluidos los públicos. La mayor concentración de la actividad económica, en general, pudiera reflejar la recesión y contracción de años recientes: la concentración es siempre más marcada en la fase descendente de los ciclos económicos. Pero el proceso también se hace evidente en algunos de los sectores más «dinámicos», como las telecomunicaciones, los medios de difusión y las industrias del entretenimiento, e incluso durante fases expansionistas de estos. No debe pensarse, sin embargo, que este proceso entraña la desaparición de los vínculos entre los conglomerados multinacionales y sus gobiernos: parecen ser más tenués, pero de todos modos siguen existiendo e influyendo en las estrategias geopolíticas y económicas de las principales potencias capitalistas.

La internacionalización, sin embargo, es más marcada en el caso de las finanzas. El dominio de las corrientes financieras en transacciones transfronterizas, así como la importancia creciente del papel que desempeñan elementos especuladores y la separación —y, en cierta medida, la supremacía— del capital financiero sobre el capital productivo, son demasiado conocidos para que requieran mayor análisis. Sin embargo, cabe señalar algunas de las implicaciones más importantes de este proceso:

- Mayores desigualdades en la rapidez de ajuste entre los mercados de capital y los de bienes y servicios, lo que entraña cambios más rápidos en las variables financieras y efectos más acentuados en las economías reales.

- El papel desestabilizador de las corrientes de capital especulativo, lo que conduce a mayor inestabilidad en los precios relativos en general y a crisis periódicas de intensidad variable en economías particulares.
- Las limitaciones a la adopción de políticas económicas nacionales y el impulso deflacionario que se les imparte, sobre todo, a las políticas fiscales y monetarias en casi todos los países; la mayor incapacidad de los Estados —independientemente de sus creencias políticas— para garantizar las necesidades básicas y los derechos socioeconómicos mínimos a todos los ciudadanos.
- La necesidad, por parte de las finanzas, de descubrir en forma constante —aunque temporal— nuevas vías (o mercados emergentes) para sus inversiones, lo cual garantiza que la deflación no sea un proceso uniforme a lo largo de la economía mundial, sino que siempre vaya acompañada de unos cuantos focos de auge debidos a la afluencia de capital.

El dominio del capital financiero también ha tenido efectos en la naturaleza de la rivalidad interimperialista. Se trata de un proceso del siguiente tipo: cuando el capital financiero, con independencia de su origen nacional, procura garantizar la estabilidad de sus inversiones, se preocupa ante todo por algún grado de estabilidad en el núcleo capitalista, especialmente en el gobierno y las acciones y obligaciones de los Estados Unidos. Esto significa que —independientemente del declinar creciente y sostenido de las bolsas estadounidenses, la aversión a los activos financieros y la baja concomitante del dólar en los mercados monetarios mundiales—, habrá intentos de mantener algún grado de estabilidad en función de los activos financieros disponibles más importantes y, por tanto, de reforzar las disposiciones geopolíticas que subyacen en dicha estabilidad.

Este requisito crea una fuente de presión distinta a la determinada exclusivamente por el dominio militar estadounidense. Significa que en esferas políticas y económicas cruciales, las potencias capitalistas tienden a actuar juntas, o al menos apoyan implícitamente las posiciones que toman los Estados Unidos, sea en las negociaciones de la OMC, en el empleo del FMI para determinar las políticas nacionales a fin de beneficiar directa o indirectamente el capital que se encuentra en los Estados Unidos, en la «guerra contra el terror», en el tratamiento a los llamados «Estados maleantes», etc. Significa también que tiende a aceptarse —cuando no a condonarse— el unilateralismo estadounidense en asuntos económicos y políticos, sea en función de permitir el empleo sostenido de medidas proteccionistas unilaterales, como Super 301 y otras, o la Ley Agrícola de los Estados Unidos; o de presionar por un mayor

cumplimiento de la liberalización multilateral precisamente en los sectores en que se considera que la economía norteamericana tiene ventaja competitiva, o en el establecimiento de compromisos militares contra aquellos a quienes los Estados Unidos deciden definir como «Estados maleantes»; o, incluso, en estos momentos, la ocupación ilegal de un país siguiendo líneas neocoloniales.

Además de utilizar instituciones nuevas y reglas y protocolos internacionales para sus propios fines, el nuevo imperialismo también tiene que ver con la lucha por el control de formas más nuevas de territorio económico. Esto no niega la importancia sostenida de este, según tradicionalmente se le concibe; o sea, recursos naturales, mercados y fuerza laboral. De hecho, el control de los recursos naturales —sobre todo energéticos y petroleros— sigue siendo de importancia central en las preocupaciones capitalistas. Varios sucesos recientes lo demuestran: la importancia, para la intervención militar norteamericana y la geopolítica en curso, de la región del oleoducto que se propone y pronto se construirá en Afganistán; el intento —fallido— de instigar y apoyar un golpe militar en Venezuela contra un presidente electo por un enorme margen popular. La guerra en Iraq y su posterior ocupación son solo las expresiones más recientes de ello. Aunque estas son, en realidad, las manifestaciones políticas más flagrantes del imperialismo actual, es en la esfera del desarrollo de nuevos mercados donde resultan más pronunciadas las implicaciones económicas.

Se procura desarrollar y hacer accesibles estos nuevos mercados en dos formas. La primera es la apertura de los existentes en países en desarrollo y los ex socialistas, mediante procesos de liberalización comercial e inversionista, haciendo uso de los organismos de préstamos condicionales del FMI y el Banco Mundial; y, de modo más reciente, de las normas y procedimientos de solución de diferencias de la OMC. Tal apertura, sobre todo si incluye la desindustrialización relativa de las economías recién liberalizadas, otorga nuevos mercados para productos manufacturados y servicios a los países capitalistas centrales. Sin dudas, no es accidental que, a pesar de temores relacionados con la «exportación», del Norte al Sur, de empleos en la manufactura, en realidad la balanza comercial en manufacturas del Sur con el Norte sigue siendo negativa y, de hecho, el déficit ha estado creciendo. A esto se asocia la disminución de los precios mundiales de las exportaciones del Sur, que surge del problema de la falacia de composición: un número creciente de países en desarrollo se ve obligado a aumentar los volúmenes de exportación para amortizar la deuda, para pagar por más importaciones, o simplemente porque se les ha dicho

que es bueno hacerlo. El hecho, a su vez, brinda a los países centrales la ventaja relativa de importaciones más baratas no solo de materias primas y bienes agrícolas tropicales, sino también de productos manufacturados en los que los países en desarrollo han sido instados a especializarse, y que se caracterizan ahora por una capacidad excesiva en todo el mundo.

La forma más innovadora de encontrar mercados nuevos en el pasado reciente ha sido su creación en lugares donde antes no los había, o sea, fomentando y promoviendo la comercialización de actividades que con anterioridad no se consideraban comerciales, se definían de dominio público, o solo podían realizarse mediante intervención social. El impulso hacia la comercialización y luego privatización de una gama de servicios públicos —como la energía, las telecomunicaciones y ahora el agua y el saneamiento— es la expresión más evidente de ello. La proliferación de formas nuevas de comercio nunca ha sido tan desenfrenada. El conocimiento y lo que se define como propiedad intelectual, los derechos al uso de la energía, los certificados de lucha contra la contaminación, son ahora objeto de comercio, e incluso los medios para comerciar se han ampliado, al incluir la vía electrónica y cosas similares. La comercialización obligada de una amplia gama de servicios brinda, por tanto, el territorio más nuevo y prometedor a la expansión capitalista.

Un aspecto interesante es que la información y el entretenimiento no solo se han comercializado, sino que han surgido como industrias importantes; de hecho, en estos momentos constituyen el segmento en crecimiento más dinámico de la economía mundial. Se encuentran también entre los más concentrados y centralizados de todos los sectores. El auge de los multimedia ha generado grandes empresas que pueden contarse entre las mayores corporaciones transnacionales. Este es, en realidad, un fenómeno de la última década, o de los últimos quince años aproximadamente, a partir de que gigantes empresas de los medios han procurado «sinergia» no solo mediante la integración vertical, sino «adquiriendo el control de cada paso del proceso de los medios de difusión, desde la creación del contenido hasta su entrega en el hogar».¹ Los años 90 presenciaron una oleada sin precedentes de fusiones y adquisiciones de los gigantes mundiales de los medios de difusión.² Muchas de estas empresas han rechazado explícitamente las identidades nacionales y se han presentado como mundiales o internacionales. De todos modos, y a pesar de los intentos de programar de acuerdo con sensibilidades locales, el grueso del contenido, las formas de expresión y las estructuras de propiedad y gestión, reflejan el dominio de los países capitalistas centrales, sobre todo de los Estados Unidos.

En términos puramente cuantitativos, los mercados nuevos de mayor importancia son, por supuesto, los financieros. Tal explosión refleja la capacidad del capitalismo para crear y ampliar las esferas de actividad económica, incluso cuando la producción material decae. Además, servicios financieros como la banca y los seguros —una esfera en la que las empresas con base en los países capitalistas centrales poseen clara ventaja competitiva—, han estado entre los de crecimiento más rápido en el comercio mundial. La enorme corriente transfronteriza e intrafronteriza de recursos financieros suele reflejar un comercio de productos básicos que son puramente conceptuales, como el comercio derivativo. Que puedan obtenerse ganancias enormes de esta piramidación de activos financieros demuestra el ingenio del capitalismo, pero también crea burbujas especulativas que, al fin y al cabo, tienen que explotar.

Además, el nuevo imperialismo procura utilizar sobre todo el trabajo calificado posible de encontrar en algunos países en desarrollo. Ello ha significado la movilidad laboral enormemente ampliada de una pequeña sección de empleados altamente calificados y profesionales, mientras a otras fuerzas laborales les resulta mucho más difícil moverse, y las tasas agregadas de migración laboral son inferiores a lo que lo han sido en la historia del capitalismo. Esto, a su vez, ha contribuido, en no pequeña medida, al entusiasmo por el proceso de integración mundial entre dichos grupos de trabajadores calificados de los países en desarrollo. De hecho, puede decirse que una importante causa del éxito de la globalización imperialista ha sido su capacidad de atraer a las élites y clases medias locales de todo el mundo a sus propias filas, para ofrecer inclusión parcial en un espacio internacional privilegiado en el que es posible olvidar las tribulaciones de los trabajadores pobres locales, incluso cuando su papel crucial en la generación del excedente productivo se mantiene.

A pesar del dominio completo de una superpotencia única y decidida —que en el pasado ha sido un requisito para un período de capitalismo mundial estable—, la economía mundial actual es fluctuante, proclive a la inestabilidad sistémica y sujeta a la posibilidad constante de crisis, lo cual se debe a los siguientes factores:

- Primeramente, los Estados Unidos no están cumpliendo en la actualidad su papel —en el sentido de Kindleberger— de rectores de la economía mundial, a fin de mantener la estabilidad. Este papel exige el desempeño de tres funciones como mínimo: intervenir en situaciones de crisis, realizar préstamos anticíclicos a países afectados por decisiones de los inversionistas privados y brindar un mercado para exportaciones netas al resto del mundo, sobre todo de los países que lo requieren para el reembolso de su deuda. La ausencia de intervenciones en crisis no es universal: hay países donde se han producido grandes operaciones de salvamento orquestadas por el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos y por el FMI; pero el espectacular desplome de Argentina, la sangría del África subsahariana —a pesar de la inminente hambruna en gran escala— y la indiferencia hacia las implosiones en Europa oriental y otras partes, prueban que el gobierno norteamericano no considera responsabilidad suya intervenir en crisis, a fin de salvar todo el sistema. Del mismo modo, se ha puesto freno a los préstamos anticíclicos; las finanzas privadas —incluido el capital invertido en valores en cartera— se han asociado a la creación de agudos ciclos de auge y caída, y no a su mitigación. La política estadounidense ha estado dirigida a la protección de dicho comportamiento en lugar de a su contención. Por último, aunque los Estados Unidos habían desempeñado, sin dudas, un papel crucial como motor del comercio mundial, en los años 90, al incurrir en déficits muy grandes en el comercio exterior, este papel ha disminuido mucho, sobre todo después de 2000. De hecho, incluso antes, el déficit de la balanza comercial de los Estados Unidos reflejaba déficits entre las inversiones privadas y el ahorro, en la medida en que el papel presupuestario oficial se hacía más contraccionista.
- En segundo lugar, en parte debido a este papel inadecuadamente aceptado de líder y en parte por el impulso deflacionario, que brindaba la mayor movilidad del capital financiero, el crecimiento agregado del sistema capitalista mundial ha estado por debajo de las expectativas en la fase reciente de globalización. Es ahora evidente que el período se ha asociado a una desaceleración de la actividad económica en importantes zonas del mundo desarrollado, una implosión sostenida en vastas regiones del mundo en desarrollo (incluido el continente africano) y una disminución drástica en el que hasta el momento había sido el segmento más dinámico de la economía mundial: Asia oriental y sudoriental.³ Estos procesos se reflejan en tasas de crecimiento del comercio mundial —en valor— que se han desacelerado a pesar de la liberalización forzada del comercio en la mayoría de los países, así como en la disminución de las tasas de inversiones de tipo totalmente nuevo en todo el mundo.
- En tercer lugar, el reciente proceso de globalización imperialista se ha caracterizado por disparidades enormemente aumentadas, tanto dentro de los países como entre ellos.⁴ Aunque, como es inevitable, existe debate sobre el tema, estudios muy rigurosos

La liberalización económica orientada hacia el mercado y la globalización imperialista generan o acentúan tendencias de fundamentalismo y sectarismo, que provocan conflicto y violencia, sobre todo contra las mujeres y los grupos sociales más vulnerables.

encuentran una desigualdad creciente dentro de las regiones y entre ellas, así como una tozuda persistencia de la pobreza y una marcada ausencia de la «convergencia» que predicán los apologistas del sistema. Además, la mayoría de los pueblos del mundo se encuentra en circunstancias económicas más frágiles y vulnerables; muchos de los antiguos servicios sociales estatales se han reducido o eliminado; los servicios públicos se han privatizado o hecho más costosos y, por consiguiente, menos accesibles; y las condiciones de empleo se han hecho mucho más inseguras e inestables.

- En cuarto lugar, estas características han conducido a una crisis importante de legitimación del sistema. No solo se encuentran en tela de juicio los principios básicos del argumento neoliberal —el apoyo teórico de la modalidad actual de globalización imperialista—, sino que las instituciones designadas para mantenerlo —el FMI, la OMC y otros— carecen cada vez más de apoyo popular y legitimidad. El movimiento general contra la globalización constituye una expresión de esta disensión creciente en contextos locales y nacionales. Una característica importante —y nueva— es que el proceso de integrar a las élites de los países en desarrollo y recompensarlas materialmente por su cooperación activa en la promoción de la globalización empresarial se ha hecho más lento. Como ya se apuntó, la complicidad y participación de las élites locales han sido una potente fuerza para garantizar los resultados de la integración capitalista mundial; pero con la mordida de la recesión mundial y la mayor escasez de recompensas, ya no es posible dar por sentada esta complicidad. Como la economía política de los movimientos de resistencia exige, en todas partes, la participación de algunos elementos de la clase media y profesionales —y muchas veces también de élites locales—, este puede resultar un suceso de importancia crítica.
- En quinto lugar, el imperialismo tiene una relación cada vez más ambigua con varias tendencias reaccionarias, revanchistas y retrógradas, en diversas partes del mundo, a las que ha permitido y fomentado su ampliación en distintos momentos y lugares; pero a muchas se les ve hoy como

amenazas al sistema que es necesario desarraigar y destruir. Todos aquellos a quienes se considera enemigos de los Estados Unidos y, por tanto, objetivos a eliminar en la actual «guerra contra el terror» —Osama Bin Laden, Al Qaeda, el Talibán, Saddam Hussein— en un momento u otro han sido niños mimados, abiertos o encubiertos, del gobierno norteamericano, y han sido utilizados contra otros considerados enemigos, o simplemente para desestabilizar regiones. Todavía hoy, en Estados Unidos como Arabia Saudita se ha permitido el auge de fuerzas reaccionarias. En otras partes, el imperialismo estadounidense se ha hecho de la vista gorda o ha fomentado implícitamente el crecimiento de movimientos semifascistas —como las tendencias Hindutva en la India—, así como de fuerzas separatistas que pretenden la desintegración de países grandes. Sin embargo, muchos de estos movimientos ahora amenazan con escapar al control y desestabilizar el propio sistema, aunque solo sea de modo parcial. Los ataques terroristas del 11 de septiembre constituyen un hito solo en la medida en que obligaron a comprender esta tendencia hacia la desestabilización, y no motivaron cambio importante alguno en la organización básica del sistema mismo, que se administra en forma tan cínica como antes.

- Por último, parece que en un futuro cercano cobrará mayor trascendencia una contradicción importante: la necesidad de deflación que impone el capital financiero predador sobre el sistema en su conjunto, incluso cuando fomenta tasas diferenciales de deflación en diversas zonas, a fin de elevar al máximo sus propias utilidades. Una relación presa-depredador sostenible exige la existencia perpetua de la presa, pero la deflación generalizada la hace menos probable. La actual caída en los principales mercados de valores, especialmente en los Estados Unidos, indica que aunque es posible separar las finanzas de las tendencias económicas reales durante períodos prolongados, y estas incluso pueden beneficiarse de dicha separación, no pueden hacerlo indefinidamente.

Todo lo anterior significa que, si bien el sistema capitalista mundial todavía no ha caído en una crisis con todas las de la ley —aunque es evidente que partes

de él sí lo han hecho—, existen inestabilidades sistémicas que indican que la modalidad actual no puede continuar sin algunos cambios e incluso una revisión general en el mediano plazo.

Mercados, fundamentalismo y conflicto

Hay varios aspectos de la liberalización económica orientada hacia el mercado y la globalización imperialista adversos para los trabajadores. Pero incluso se reconoce, cada vez más, que algunos de los procesos económicos y sociales desencadenados por el mercado también poseen otras consecuencias negativas. En especial, generan o acentúan tendencias de fundamentalismo y sectarismo, que provocan conflicto y violencia, sobre todo contra las mujeres y los grupos sociales más vulnerables.

Examinemos los mecanismos a través de los cuales esto se produce más específicamente en el contexto de la India. La década pasada, y antes, ha sido un período en que la economía india se ha abierto más a los procesos de mercado que en cualquier otro momento, y dichos mercados han sido regionales, nacionales e internacionales. Este período se ha asociado a una tendencia hacia la privatización de activos estatales; la reducción de inversiones oficiales cruciales, sobre todo en esferas de la infraestructura; la reducción del gasto público per cápita en salud; la reducción del gasto público en las zonas rurales en general; la desreglamentación y numerosas deducciones impositivas y otras concesiones brindadas al capital nacional y multinacional grande; y la liberalización comercial, que ha afectado la viabilidad de las unidades manufactureras en pequeña escala y de los agricultores.

Estas políticas, a su vez, ya han tenido efectos nocivos importantes sobre la economía y, más especialmente, sobre la vida de los trabajadores corrientes. Su característica negativa más evidente es la disminución en la generación de empleos, sobre todo en zonas rurales. La tasa de crecimiento de todas las formas de empleo rural, incluido el trabajo ocasional o a tiempo parcial, disminuyó a menos de 1% en los años 90, sea con arreglo a los datos del Censo, o de la Encuesta nacional por muestreo. Esta no es solo la tasa más baja registrada desde la independencia, sino que es muy inferior a la tasa de crecimiento de la población rural, lo cual significa que la falta de oportunidades de trabajo productivo se ha convertido en el problema individual más importante para amplios sectores de la población rural.

Incluso los agricultores independientes encaran enormes problemas de viabilidad como cultivadores,

debido a la combinación de las amenazas de importaciones muy subsidiadas que mantienen bajos los precios y el aumento de los costos, lo cual se explica por la retirada de subsidios. La creciente crisis en la agricultura, unida a la falta de otra generación de empleos en las zonas rurales, han creado dificultades en la economía básica de la mayoría de los residentes rurales.

En las zonas urbanas, la tasa general de generación de empleos ha sido ligeramente mejor, pero no en el sector formal, donde el empleo apenas ha crecido. Ha habido algún crecimiento de empleos en los servicios, y sobre todo en los de tecnología de la información, que ha reducido la tasa de desempleo de los graduados. Pero incluso en zonas urbanas sigue siendo importante el problema para todos los que necesitan trabajar. Para los menos calificados, en especial las mujeres, las dificultades para acceder al trabajo productivo son particularmente agudas. Las mujeres están siendo arrastradas a la fuerza laboral asalariada mediante las formas más retrógradas, como el trabajo en casa para cadenas de producción organizadas por grandes capitalistas, o como trabajadoras explotadas y mal pagadas en el sector de los servicios.

Además de la generación inadecuada de empleo agregado, existe el problema de la menor seguridad del trabajo y de los ingresos en general. Por supuesto, esto es así, sobre todo, para los asalariados en ocupaciones menos calificadas y más inestables, pero es irónicamente cierto que incluso en los extremos superiores del espectro laboral el empleo se ha hecho más inestable y frágil, y la antigua seguridad implícita del empleo en el sector formal casi ha desaparecido en los nuevos contratos. Además, los ingresos no salariales son ahora menos seguros y más inestables, sencillamente porque muchos mercados, y los ingresos que de ellos se devengan, fluctúan mucho más que en el pasado.

Las condiciones deprimidas de la generación de empleos y la mayor inseguridad de los ingresos han cobrado expresión indirecta en otras características negativas, sobre todo el consumo de alimentos. En los últimos años, la disponibilidad de cereales per cápita para la economía en su conjunto ha sido inferior a la promedio de hace treinta años y ello se combina con una montaña de existencias de cereales «en exceso» propiedad de la Corporación de Alimentos de la India, lo que da origen a una espantosa contradicción de hambruna sostenida en medio de abundancia aparente. El consumo de calorías per cápita, incluso para 40% de la población más pobre, también ha disminuido en algunos Estados hasta en 25%. Un dato casi increíble en una economía que se supone crece en más de 5% anual y donde las estadísticas oficiales se manipulan para

anunciar que se ha producido una disminución importante en el alcance de la pobreza.

Como si no bastara con el menor acceso a los alimentos y el consumo inferior de calorías, también se han producido disminuciones importantes en la disponibilidad de servicios públicos básicos en las esferas de la salud y el saneamiento. La disminución de las inversiones en gastos públicos no solo ha significado que los muy necesarios servicios de salud no se han ampliado. Han significado también que no se cubren el mantenimiento y la reparación de dichos servicios, así como sus gastos básicos de funcionamiento, de modo que la calidad de los servicios de salud y saneamiento, y el acceso a ellos, han mermado. Se ha afectado así la atención preventiva y curativa de la salud en el sector público, lo cual significa, a su vez, que incluso las familias pobres se ven obligadas a realizar muchos más gastos en la atención privada a la salud, aunque esto haga disminuir los ingresos necesarios para la mera supervivencia física. La India está entre los países de peor desempeño del mundo en lo referido a la relación entre los gastos de salud públicos y privados; la disparidad ha crecido en años recientes. En varios Estados, la mortalidad infantil ha aumentado en los últimos años, invirtiendo la tendencia decreciente que se mantenía desde principios de la década de los 50. La tasa de disminución de la mortalidad materna también es muy inferior a lo que era, en toda la India.

Paralelamente, el creciente énfasis en los mercados ha entrañado la transformación en productos de consumo masivo de muchos bienes de consumo que en otros tiempos el Estado y las comunidades brindaban de modo natural, o simplemente no estaban sujetos a transacciones de mercado y relaciones de propiedad. La incapacidad o negativa del gobierno de brindar agua potable ha conducido al crecimiento explosivo de una industria de agua embotellada. Se privatiza una gama completa de servicios que solían ser públicos, como la distribución de electricidad, el abastecimiento de agua, el saneamiento y las telecomunicaciones. Incluso el reciente reconocimiento de los derechos de propiedad intelectual marca la entrada de mercados en esferas cada vez más nuevas.

Desde luego, donde hay mercados hay *marketing* y la atracción de un número cada vez mayor de consumidores a la red de compra por medio de la publicidad, e intentos de manipular los gustos y opciones individuales. Para ello, las empresas publicitarias han usado siempre a las mujeres como objetos para vender sus productos en gran escala. Su doble relación con las mujeres, como objetos para la venta de productos y como enorme mercado potencial de bienes, crea un peculiar proceso, en virtud del cual se las insta y persuade a participar activamente en su propia transformación

en objetos. La enorme atención que brindan los medios de difusión a los concursos de belleza, las modelos «de éxito» y cosas por el estilo, contribuye a la industria de la belleza, que se encuentra en rápida expansión, e incluye no solo cosméticos y productos de belleza, sino también elementos para adelgazar, salones de belleza, clínicas para la pérdida de peso, etc. Muchos influyen en las actitudes menos deseables y más retrógradas de las mujeres y de su apariencia, como los anuncios de cremas para aclarar la piel, que recalcan la necesidad de tenerla clara para concertar un «buen» matrimonio —que, a su vez, se contempla como el objetivo básico de la mujer—, o incluso para obtener un buen empleo. Estas actitudes retrógradas pueden deshacer con rapidez décadas de lucha del movimiento femenino a favor de una mayor igualdad de oportunidades y una vida digna, como demuestra, con gran claridad, la experiencia de las mujeres en los países ex socialistas.

Hasta ahora, el argumento puede parecer bastante verosímil, pero muchos dirían que el vínculo entre todo esto, por una parte, y el fundamentalismo y la violencia, por la otra, sigue sin hacerse demasiado evidente. Pero, de hecho, estos procesos operan activamente no solo para fortalecer el patriarcado, sino también para fomentar tendencias sectarias y sumarse a los factores que dan origen al conflicto social y la violencia. A continuación, algunos de estos mecanismos.

El primero surge de la mayor inseguridad material. Al hacerse la vida cotidiana más inestable, insegura e impredecible en diversas formas, las personas buscan seguridad de cualquier modo que les sea posible. Precisamente porque algún grado de certidumbre se ve como un consuelo, muchas veces mientras más rígido es un sistema —sea de creencias intelectuales o espirituales, una orden religiosa o una agrupación relativamente estrecha que reclame para sí una identidad social especial—, más atractivo se hace, contra toda lógica. Esto pudiera explicar por qué algunos de los grupos sociales y religiosos sectarios, estructurados en la forma más rígida, han atraído en años recientes a gran número de seguidores. En la India esto es así en lo tocante al creciente poder de las tendencias y grupos más reaccionarios y de línea dura dentro de las comunidades hindú y musulmana, por ejemplo.

Estos grupos, a su vez, contribuyen al segundo mecanismo: el uso de tales sentimientos «religiosos» y sectarios como medios de movilización política. El Sangh Parivar, del que forma parte el partido gobernante, el Bharatiya Janata (BJP), ha convertido el asunto, por supuesto, en un arte y una ciencia refinados; pero no es el único que utiliza tales identidades particularistas, en lugar de genuinas combinaciones basadas en la clase como medio de organización política. Los partidos gobernantes, a su vez, las han aprovechado

para desviar la atención de sus propias deficiencias en el gobierno y de su incapacidad para evitar el deterioro de las condiciones materiales básicas de una parte importante del pueblo. El pseudonacionalismo que se propugna —en el que el «otro» al que se hace alusión suele ser un país vecino como Paquistán, y ahora incluso Bangladesh— sirve como forma de canalizar y desviar los verdaderos sentimientos antimperialistas de las personas y convertirlos en simples gritos de guerra, condenados al fracaso, contra los vecinos.

Desde luego, hay en todo esto una fuerte corriente subterránea de violencia que, de cuando en cuando, sale a borbotones, como hizo el año pasado en Gujarat, el pogromo patrocinado por el Estado. La creciente tendencia hacia la violencia de diversos tipos —hacia otras «comunidades» o castas y, sobre todo, hacia las mujeres— puede verse como reflejo y resultado de los procesos económicos y sociales ya descritos. La mayor inseguridad y dificultad de la vida cotidiana, así como las complicaciones y preocupaciones que entraña el atender a las necesidades básicas, dan lugar a niveles mucho más elevados de irritación en las personas. Esto solo raramente encuentra salida en el puesto de trabajo y exige otros medios de expresión. Además, el enorme aumento de la desigualdad, el desenfrenado crecimiento del consumismo y la explosión de los nuevos medios de difusión —que ponen a la vista pública todos los nuevos modos de vida derrochadores— sirven para aumentar el resentimiento y la frustración de los desposeídos. La disparidad entre aspiración y realidad se hace cada vez mayor y crea un fuerte impulso de atacar a quienes se ve como «responsables». Por supuesto, los verdaderos agentes de estos procesos —el gobierno indiferente, las grandes empresas y multinacionales, los inversionistas extranjeros— son demasiado gigantescos, distantes y poderosos como para ser tocados. Por tanto, resulta mucho más fácil dirigir la ira contra aquellos a los que se considera más fáciles de atacar: las comunidades minoritarias o castas inferiores, las mujeres dentro y fuera del hogar, y otros. El marcado aumento de la violencia contra las mujeres no se debe solo a que exista mayor información sobre estos incidentes, sino a este proceso, que da origen a un aumento real en el número de este tipo de delito.

Otros factores están presentes, una vez creado un incipiente clima de violencia y conflicto. El temor al castigo o a ser el próximo objetivo sirve para garantizar el silencio —cuando no la complicidad— de aquellos que no participarían directamente en la violencia. Este temor es aún más potente porque los organismos del Estado se utilizan de modo creciente para proteger a los perpetradores de la violencia y negar a sus víctimas el mínimo grado de justicia.

La otra concepción que se invoca y se procura extender es aquella que yace en el corazón de la dependencia en los mercados: el individualismo. El «espíritu competitivo» se desencadena y se utiliza para hacer que las personas sientan que solo pueden confiar en sí mismas y que es posible obtener ganancias a expensas de otros miembros del propio grupo social, lo cual actúa como una forma más de reducir los intentos de las personas de forjar grupos para la acción colectiva destinados a llevar los procesos de liberalización y globalización corporativa en una dirección más progresista.

Por lo tanto, es evidente que el fundamentalismo de mercado crea también fundamentalismo religioso y social, con consecuencias desastrosas para las personas comunes y corrientes. Y ello, a su vez, contribuye directa e indirectamente a la causa del imperialismo y sus aliados dentro del país.

Los usos del «terror»

En este contexto, la obsesión actual de la «guerra contra el terror» asume gran importancia. El gobierno indio ha sido un alumno aplicado de la administración Bush a este respecto, y utiliza cada vez más los temores y sospechas que plantean la posibilidad de ataques terroristas, no solo para aumentar las tendencias divisivas en el pueblo, sino también para promulgar legislaciones no democráticas y negar a los ciudadanos sus derechos básicos. Por tanto la población se somete, al menos, a dos formas de terror. Está, por supuesto, el terror esporádico creado por grupos extremistas que suelen encontrar en esos métodos la única forma de que se escuche su voz, y que, en sí, surge de la falta de voluntad para encontrar soluciones políticas o materiales a problemas de larga data o a una ausencia sostenida de justicia. Pero existe una respuesta igualmente aterradora de los gobiernos que aprovechan esta oportunidad para desencadenar el «terrorismo estatal» y negar derechos civiles y políticos a los ciudadanos mientras siguen ignorando sus derechos sociales y económicos.

El uso del terror como dispositivo para ampliar la invasión del *Big Brother* en las vidas privadas y dominar a la sociedad civil, mientras los gobiernos incumplen su responsabilidad económica y social básica, es hoy una práctica normal en muchos países. Incluso el gobierno de los Estados Unidos —que en tantos otros asuntos aconseja u obliga a otros países a emprender políticas inaceptables en su propio país— ha usado medidas jurídicas y administrativas draconianas para ampliar su control sobre las vidas de los ciudadanos corrientes.

Solía ser un rasgo característico de las potencias imperialistas imponer o fomentar regímenes autoritarios en el extranjero, al tiempo que permitían algún grado de «disensión democrática» en sus propios países. Ya no es así. Ahora parece que los Estados Unidos, que declaran abiertamente que sus guerras imperialistas de agresión son solo para promover la libertad y la democracia en otras partes del mundo—, hacen todo lo posible para reprimir esa misma libertad y democracia dentro de sus propias fronteras.

La administración Bush parece tener un verdadero problema de confianza: evidentemente, no confía para nada en su propio pueblo. El proceso iniciado hace dos años —después de los ataques del 11 de septiembre en Nueva York y Washington— se ha intensificado. Esencialmente, el gobierno construye la infraestructura de un Estado policial con poderes casi ilimitados para espionar, interrogar y arrestar a ciudadanos norteamericanos y a otros residentes en el país. En mayo, el Comité Especial de Inteligencia del Senado de los Estados Unidos votó unánimemente para aprobar un enorme aumento en el financiamiento de actividades de espionaje de la «lista vigilada» de sospechosos de «terrorismo», definidos en forma tan amplia que cualquier inmigrante del Medio Oriente o de un país predominantemente islámico, y prácticamente cualquier opositor político de izquierda, pudiera caer bajo sospecha. Además, con el pretexto de oponerse al supuesto «terrorismo», el gobierno de Bush ha socavado los derechos de quienes visitan el país por cualquier razón. Los inmigrantes y los que procuran asilo pueden ser detenidos sin causa, sometidos a duros interrogatorios e incluso tratados con brutalidad, en el supuesto de que pudieran ser terroristas.

También los Estados Unidos fomentan activamente un cambio en el clima social y político para acosar a quienes se oponen a sus políticas. Los ciudadanos progresistas que han participado en el movimiento antiguerrerista informan un alarmante aumento en la vigilancia, combinado con frecuentes amenazas de muerte y comportamiento agresivo por parte de vecinos y funcionarios locales. Los diarios se muestran cada vez más reacios a publicar artículos de oposición a la guerra o que señalen los costos humanos, o de otro tipo, de la agresión. Se indica a los maestros de escuela que presenten la posición del gobierno de los Estados Unidos en la guerra de Iraq y eviten tratar de ser «equilibrados». En todo el país se intenta crear un ambiente de intolerancia hacia la disensión y por la aceptación acrítica a posiciones propugnadas por una camarilla que controla a Washington DC. Este drástico aumento de los métodos autoritarios de control por parte del gobierno difiere del comportamiento típico de una potencia imperialista victoriosa, y más bien

parece el reflejo de un gobierno fundamentalmente inseguro de sí, a pesar de todas sus bravatas, un gobierno que no confía en su pueblo y necesita ejercer toda la vigilancia invasiva y control sobre él.

Una causa de la inseguridad pudiera ser la propia fuerza de la oposición a la guerra. Antes de la agresión a Iraq, el movimiento antiguerrerista en los Estados Unidos careció de precedentes e incluyó personas de todas las comunidades y condiciones sociales. Al hacer caso omiso de esto, el gobierno de Bush manifestó su desprecio hacia la opinión pública y pretendió que sería lo suficientemente veleidosa como para cambiar de idea una vez que se obtuviera la victoria. Pero la preocupación básica sigue en pie y, con ella, la desconfianza del gobierno hacia sus propios ciudadanos.

Existe otra razón para la actitud de cautela del gobierno estadounidense hacia sus ciudadanos. Incluso cuando la administración Bush se extiende en forma de un imperio de ultramar, reduce las condiciones básicas de vida del pueblo, en casa. Las disposiciones básicas de bienestar y seguridad social disminuyen, los programas de salud pública se socavan y las condiciones de trabajo se deterioran. Al propio tiempo, el número de desempleados sigue aumentando. El gobierno parece indiferente a la suerte de las personas comunes, que encaran este empeoramiento de las condiciones materiales. La medida más extraordinaria fue la disminución de las pensiones a los veteranos de guerra de los Estados Unidos y sus viudas, en medio de la campaña de Iraq. El gobierno de Bush parece pensar que manteniendo constantemente viva la amenaza del terrorismo, el pueblo puede seguir en un estado de temor que le haga aceptar la disminución en su nivel de vida y la eliminación de sus derechos democráticos.

En la India, nuestros propios líderes han aprendido enseguida estas técnicas. No solo se han promulgado leyes draconianas como la POTA (Ley de Prevención del Terrorismo), a pesar de la amplia oposición dentro y fuera del Parlamento, sino que existe una manipulación oficial creciente de las ansiedades de las personas corrientes para distraerlas de los numerosos fracasos de la acción pública, que en realidad han hecho la vida más insegura para la ciudadanía.

Este temor al «terror» también se ha explotado para hacer cambios drásticos en la política exterior del país. Hubo un tiempo en que internacionalmente se consideraba a la India como miembro fundador y una fuerza importante del Movimiento de países no alineados, líder del mundo en desarrollo y, en general, baluarte contra el imperialismo. En años recientes, el gobierno de la Alianza Democrática Nacional (NDA) ha desmantelado sistemáticamente el edificio completo de la política exterior independiente, basado en la no alineación, que se creó en el período posindependentista.

El actual gobierno de la India, en lugar de mantener una posición internacional independiente, se ha acercado cada vez más al gobierno derechista de Bush, en los Estados Unidos, y al régimen de línea dura de Sharon, en Israel, lo cual cobra expresión en la cooperación militar y en muchas otras formas. La más inexcusable de ellas es el examen activo de la posibilidad de enviar efectivos indios a participar en la ocupación de Iraq por los Estados Unidos y el Reino Unido.

El asesor de Seguridad Nacional del Primer Ministro, Brajesh Mishra, al hablar recientemente ante una reunión del Comité judío-estadounidense —un grupo de presión sionista radicado en Nueva York— afirmó que solo un núcleo de «democracias verdaderas», como el representado por los Estados Unidos, Israel y la India, puede combatir con eficacia el terrorismo, porque constituye el objetivo principal de este y, por tanto, deben formar una alianza. Según él, esta alianza no debe titubear, intentando definir el terrorismo o debatiendo sus causas. Mishra ridiculizó la distinción que se procura hacer entre terroristas y combatientes por la libertad (¿qué hay, pues, con nuestro propio Bhagat Singh, para citar solo un ejemplo?). También parece haber dicho que «otra falacia que se propaga es que el terrorismo solo puede erradicarse atendiendo a sus causas fundamentales». En otras palabras, las soluciones políticas son una pérdida de tiempo, sea en Cachemira o en Palestina.

El argumento implícito parece ser, más bien, que basta con decidir que todos los terroristas proceden de una fuente religiosa dada. Esta atroz conclusión fue confirmada por el ministro del Interior, L. K. Advani, en una entrevista realizada por Fox News, cuando dijo: «El terrorismo como lo hemos visto el 11 de septiembre o el 13 de diciembre, tiene una fuente común y esta ha descrito a los Estados Unidos, Israel y la India como sus tres principales enemigos».

Es precisamente ese tipo de actitud la que suena a música celestial al imperialismo y, en especial, a la administración Bush. Sin embargo, es una posición no solo detestable desde un punto de vista ético, sino por entero impracticable a mediano plazo, ya que crea las condiciones para el surgimiento de futuros terroristas. De modo que es necesario combatir juntos ambos tipos de terror, con la resistencia popular.

En todo el mundo, las protestas contra la globalización y la guerra se van fundiendo, y se convierten

en una lucha conjunta de las personas comunes y corrientes del mundo contra el imperialismo. Este pudiera ser no solo un inicio, sino una fase cualitativamente nueva del capitalismo internacional, y una forma por entero novedosa de resistencia internacional. De modo que este último despliegue agresivo del imperialismo norteamericano pudiera sembrar las semillas de su propia perdición. No hay dudas de que ya ha logrado crear una resistencia mundial amplia y una organización sin precedentes. La inestabilidad que inevitablemente creará el actual incremento del poderío norteamericano pudiera tener, al menos, un resultado positivo en función de una renovación acelerada de las fuerzas progresistas mundiales.

Traducción: María Teresa Ortega Sastriques.

Notas

1. Ben Bagdikian, *The Media Monopoly*, Beacon Press, Boston, 2000.
2. Como resultado de ello, los seis conglomerados multinacionales —News Corporation, Time Warner, Disney, Bertelsmann, Viacom y TCI— ahora poseen y de hecho controlan enormes franjas de las actividades de los medios de difusión, edición y entretenimiento comercial en todo el mundo.
3. El crecimiento de la producción mundial, que promediaba 3% en el período 1990-1997, fue de menos de la mitad de esa tasa en 1998-2000 e incluso menos con posterioridad. Casi cuarenta países en desarrollo han experimentado disminuciones en su ingreso per cápita a partir de 1990.
4. La disparidad en los ingresos per cápita entre los mundos industrial y en desarrollo se ha triplicado con creces entre 1960 y 1990. Entre 1960 y 1991, la participación en los ingresos de 20% de la población mundial más rica se elevó de 70 a 85%, mientras que la participación en los ingresos de 20% de la población más pobre disminuyó de 2,3 a 1,4%. De hecho, la participación en los ingresos de más de 85% de la población mundial en realidad disminuyó en ese período. La relación de participación entre los grupos más ricos y más pobres se duplicó de 30:1 a 60:1. Datos posteriores indican un empeoramiento marcado de dichas disparidades.

© ~~TRIPUBLICAS~~, 2003.